

Un amor fuerte como la muerte¹

El gran Pablo

1. Cuando se lee, en la segunda epístola a los Corintios, el elenco de los sufrimientos que pasó san Pablo para predicar el Evangelio, uno se queda realmente abatido: fatigas, cárceles, azotes, naufragios, pedradas, traiciones, vigiliias, hambre y sed, frío y desnudez... ¿Cómo le hizo este gran hombre –podemos preguntarnos– para sobreponerse a todo eso?, ¿cómo fue posible que siguiera adelante hasta la meta final, derramando su sangre en sacrificio, peleando el noble combate y obteniendo la corona de la victoria²? Pues la respuesta nos la da él mismo hoy en la segunda lectura, cuando dirigiéndose a los romanos, dice: *¿Qué cosa podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo? ¿Las tribulaciones? ¿Las angustias? ¿La persecución? ¿El hambre?? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada?* El amor de Cristo es, ciertamente, más grande que cualquier cosa del mundo, ya sea material o espiritual. En efecto, *ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni el presente ni el futuro (...)* podrá jamás apartarlo del amor irrevocable que Dios le ha manifestado en Cristo Jesús³.

La lectura de este texto, el asomarnos a la admirable vida y muerte del Apóstol Pablo, es un buen estímulo para el ejercicio de la *fortaleza cristiana*. Una virtud de la que especialmente tenemos necesidad en estos tiempos turbulentos que estamos viviendo. El Catecismo recuerda que la fortaleza nos *asegura la firmeza y la constancia ante las dificultades en la búsqueda del bien (...)*. Nos hace capaces de *vencer el temor, incluso a la muerte y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones*⁴.

Atacar y resistir

2. Santo Tomás enseña que la virtud cardinal de la fortaleza se caracteriza por dos actos principales: *atacar* y *resistir*. Entre nosotros, tendemos a visualizar al hombre o a la mujer fuerte –al valiente– en el primero de estos actos, el *atacar*. Consideramos y valoramos como fuerte y audaz, al que se sobrepone al miedo por amor al bien, por amor a Dios, a su familia, o a la patria⁵. El que acomete y conquista metas difíciles sin que se rompa su corazón, ese es en verdad valiente.

Y, desde luego que lo es. Sobre todo cuando acomete diariamente el cumplimiento del deber, ya sea familiar o profesional. Hay muchas cosas que solemos evadir o retrasar a lo largo de la vida. Y se necesita una buena dosis de fortaleza para afrontarlas cuando y como es debido; imitando al Señor que con suprema fortaleza cargó con su cruz para salvarnos.

¹ Cfr. *Cantar de los Cantares* 8, 6. Homilía en el XVIII domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

² Cfr. 2 *Timoteo* 4, 6-8.

³ Cfr. Segunda lectura, *Romanos* 8, 35. 37-39.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1808.

⁵ Cfr. J. Pieper, *Justicia y fortaleza*, pp. 230-231.

Pero tal vez nos desconcierte saber que no está ahí –en el acometer– lo esencial de la fortaleza. Como ha escrito Joseph Pieper: *no es en el encolerizado ataque, sino en la resistencia, donde se esconde la última y decisiva prueba de la verdadera fortaleza, cuya esencia puede encerrarse en esta fórmula: amar y realizar el bien, aun en el momento en que surja el riesgo de la herida o de la muerte, sin jamás doblegarse ante las circunstancias adversas*⁶. *Es fuerte* –predicaba por su parte san Josemaría– *el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende que debe hacer, según su conciencia; el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero se bebe sus lágrimas*⁷. Y sigue adelante, contra viento y marea, hasta la meta final.

Miedo, tristeza, ira...

3. Un poderoso enemigo de la vida cristiana y aún humana es siempre *el miedo*. Experimentarlo es natural e incluso conveniente. Sin ningún tipo de miedo cometeríamos toda clase de locuras. Pero el miedo debe dominarse. Debe controlarse y encausarse para que no nos paralice. Todos habremos oído alguna vez decir a alguien: “no era yo mismo, no sé qué me pasó, perdí el control de la situación”. Y lo que se nos narra son experiencias dolorosas de traición o cobardía. Pues es justamente ahí donde actúa la fortaleza. Con ella se evita que el temor produzca esa grave fractura interior que nos lleva a no ser nosotros mismos⁸.

En la vida se pueden presentar adversidades por los elementos naturales: terremotos, rayos, huracanes, epidemias, animales feroces... También podemos padecer injustamente agresiones de personas en el trabajo, en la familia o en la misma calle. Todo eso, repito, suele ocasionar una reacción de miedo (o también de tristeza o ira), pero ese no es el principal problema. Lo verdaderamente grave es que el miedo, la tristeza o la ira, nos impidan ser nosotros mismos, que frustren la plenitud de la única existencia que tenemos.

Puedo equivocarme, pero me parece que nuestro tiempo no se caracteriza especialmente por su fortaleza. Recuerdo haber leído la historia de sir Ernest Shackleton, un marino británico, que en 1914 decidió atravesar los 2,900 kilómetros de la Antártida. Una pavorosa región con un clima inhumano y devastador de hasta 75 grados centígrados bajo cero y vientos que pueden alcanzar los 300 kilómetros por hora. Para aquella empresa necesitaba veintisiete hombres decididos a todo y puso un anuncio en un diario londinense: *Se buscan hombres para viaje arriesgado. Bajos sueldos, frío glacial, largos meses de completa oscuridad, constante peligro. Dudoso retorno... Honor y reconocimiento en caso de éxito*. Uno podría suponer que con esas condiciones sería casi imposible reclutar a una docena de candidatos. Pues no, se apuntaron cerca de cinco mil. Un puñado de valientes que, tras innumerables aventuras y peligros, con la acertada conducción de su capitán –hombre creyente– volvieron todos sanos y salvos a Inglaterra.

⁶ J. Pieper, *Justicia y fortaleza*, p. 236.

⁷ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 77.

⁸ E. Gilson, *El Tomismo*, pp. 368-369.

La clave, insisto, está siempre en el amor. Volvamos una y otra vez a san Pablo y a su íntima convicción del amor de Cristo, y busquemos también nosotros allí la fuente inagotable de fortaleza y serenidad. Y que María, a quien la Iglesia recuerda hoy en algunos lugares como Reina de los Ángeles, nos participe un poquito de aquella entereza que le hizo estar firme, erguida, junto a la cruz de su Hijo.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 2 de agosto de 2020.